

estas razones y se limitó á decir que si *el capitán Cañón* (como motejaba á Bonaparte) daba algún tropiezo, lo pagaría con su cabeza. Finalmente, los comisarios lograron que Carteaux fuese destinado á mandar la división de Niza, siendo substituído en el del ejército sitiador por el general Doppet, quien modestamente reconoció que las operaciones del sitio requerian mayores aptitudes y talentos militares de los que se le habían supuesto al encargarle del mando. Por primera providencia asaltó el fuerte de Murgrave, llegando en su ardimiento hasta las murallas de la plaza, pero falto de valor para llevar adelante la empresa, ordenó la retirada. Napoleón, que tomó parte muy activa en esta acción, fué herido levemente en la cabeza y con el rostro ensangrentado reprochó vivamente al general por aquella retirada. Los soldados apoyaron la actitud del joven comandante, cuyo valor y talento les sugestionaba, prorrumpiendo en dieterios contra Doppet y quejándose, con alusión á Carteaux, de que «siempre hubiesen de estar mandados por pintores y médicos,» pues así como Carteaux había sido pintor antes de militar, Doppet procedía de la clase de médicos civiles.

La Junta de Salvación Pública resolvió acabar de una vez las operaciones contra Tolón. Destinó á Doppet al ejército de los Pirineos, á Carteaux al de los Alpes y á Dugommier al de Italia, con especial encargo de tomar á Tolón, y al mismo tiempo reforzó el ejército sitiador con la mayor parte de las tropas del Mediodía. Dugommier restableció la disciplina en el ejército de sitio mediante algunos escarmientos ejemplares, y reconociendo desde luego el talento de Bonaparte, le dejó en completa libertad de acción para realizar su plan, con el que estuvo enteramente conforme, por parecerle el único posible. En consecuencia, convocó á consejo de guerra para exponer á los jefes la necesidad de activar las operaciones y que, como el ejército no era bastante numeroso para formalizar el sitio con todas las reglas del arte, procedía apoderarse del fuerte de L'Eguillette, para ahuyentar á la escuadra inglesa y atacar luego los puntos cuya toma pusiera la plaza á merced del ejército revolucionario, sin necesidad de asaltarla y tan sólo impidiendo su abastecimiento por mar. Aprobó este plan el consejo de guerra, y antes de llevarlo á efecto se acordó simular un ataque á Cabo Brun y revisar las trece baterías que poco á

poco había ido colocando la tenaz perseverancia de Bonaparte. Una de estas baterías se hallaba tan expuesta á los tiros ingleses que los sirvientes huyeron despavoridos; pero Napoleón logró volverles al puesto, y para que no desertaran, mandó fijar un poste con este letrero: «Batería de los Sin-miedo». Desde entonces sufrieron valerosamente los artilleros el fuego enemigo, sin que les amedrentaran las numerosas bajas que les ocasionaba.

La batería de la Convención causaba mucho daño á los ingleses y de ella se aprovechó Bonaparte para disparar contra el fuerte de Malbousquet, con objeto de divertir la atención de los sitiados. El general inglés O'Hara quiso tomar la batería francesa que tanto les molestaba, y reuniendo 2.350 hombres, los lanzó contra ella. El ataque salió bien en parte, pues aunque sorprendidos los revolucionarios dejaron clavar las piezas, no pudo el enemigo apoderarse del parque de artillería sito en Ollioules, porque llegaron Dugommier y Saliceti con un batallón de veteranos, que arremetiendo contra los ufanos perseguidores, los convirtieron en perseguidos. En cuanto á Bonaparte acudió sin tardanza á examinar el estado de las piezas de la batería de la Convención, ordenando que las volvieran á montar, disparando de nuevo contra Malbousquet. Esta victoria parcial levantó el ánimo de los revolucionarios y Dugommier pensó que, si aun en la sorpresa habían triunfado, bien podía esperarse mayor ventaja del ataque. Bonaparte dió en esta ocasión señalada muestra de espíritu sereno. Además de su tarea en la batería de la Convención, no olvidó prevenir á las otras, para que con sus fuegos aumentasen el desorden en el campo inglés. Así fué que al día siguiente decía el general en jefe, en su parte al ministro de la Guerra, que «Bonaparte había sido el primero en reanimar á las tropas y conducir las adelante.» Saliceti decía por su parte, que «estos soldados harían prodigios de valor si tuviesen oficiales como Dugommier y Bonaparte.»

El joven comandante de artillería fué á visitar al general inglés O'Hara, que había quedado prisionero en la acción, para preguntarle si necesitaba algo. El general respondió que quería estar solo, sin deber nada á la piedad de sus enemigos, y muy del agrado de Bonaparte fué oír esta respuesta de labios de un militar. Sin embargo, al país comenzaba á impacientarle un sitio tan largo, y la Convención y

la Junta de Salvación Pública extrañaban que Dugommier no avanzase, después de haber dicho que los ingleses no resistirían un ataque bien ordenado.

Compelido de esta suerte á la acción, convocó Dugommier otro consejo de guerra en Ollioules, y de acuerdo con el pensamiento de Napoleón, expuso la conveniencia de apoderarse del promontorio de L'Eguillette, para desde allí bombardear las radas, ahuyentar á la escuadra inglesa, y aprovechándose del desaliento que su partida ocasionaría en la plaza, dar el definitivo asalto. Este plan quedó aprobado por unanimidad. Las operaciones para realizarlo comenzaron bajo la dirección de Bonaparte y consistieron en reforzar todas las baterías que podían converger contra L'Eguillette. Las baterías de los Jacobinos y de los Sin-miedo se aumentaron con dos morteros, y la de *Chasse-coquins* recibió á favor de la noche tres cañones y tres morteros. Además de estas baterías, las de los Cuatro Molinos y Sablettes podían concentrar sus fuegos contra el fuerte amenazado, que por fin hubo de apagar los suyos. Logrado esto, empezaron las baterías francesas á disparar contra el fuerte Mulgrave, que respondía vigorosamente. Napoleón, que con admirable sangre fría ordenaba las operaciones, comprendió que era preciso tomar el fuerte sin pérdida de tiempo, so pena de malograr el éxito, y así recabó de Dugommier la formación de un cuerpo de 7.000 veteranos, que, divididos en tres columnas, se dispusieron al asalto á la una de la madrugada del 17 de Diciembre de 1793, en medio de desencadenada tempestad. No toda la fuerza pudo llegar á los parapetos del fuerte inglés, porque algunos se extraviaron por falsos senderos y otros dieron el grito de traición, como pretexto para desertar; pero los más veteranos atacaron resueltamente, y, aunque fueron rechazados por dos veces, volvieron á la carga con reduplicado ardor, y gracias á un oportuno refuerzo, que en el momento crítico les trajo Bonaparte, quedaron dueños del fuerte. Pero no acabó con ello el combate, porque entonces los ingleses concentraron los fuegos de los demás fuertes sobre el de Mulgrave, aunque todo fué en vano, porque Marmont fortificó con doce cañones la recién conquistada posición. Bonaparte perdió el caballo durante el combate y quedó herido de un bayonetazo en la pierna.

Dueños ya los franceses de Mulgrave y poderosamente artillado